

Vida, amor y muerte en la poesía de Miguel Hernández

Según la mayor parte de los estudiosos hernandianos, en su obra poética se puede hablar de tres grandes temas, los mismos que él expresara de manera tan hermosa y certera en uno de sus más conocidos poemas, el titulado "Llegó con tres heridas", que figura en su libro *Cancionero y romancero de ausencias*:

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Tres temas -vida, amor y muerte- que para el poeta oriolano estarían íntima e indisolublemente unidos, y no sólo en su caso concreto, sino que parece tratarse de algo consustancial a la propia condición humana.

En opinión de Juan Cano Ballesta, uno de los máximos especialistas en la obra hernandiana, la vida, que es un tema central en cualquiera poeta y artista, es el gran problema que sobrecoge y estremece a nuestro poeta.

De ese modo, continúa afirmando Cano Ballesta, el mundo poético de Miguel Hernández, en toda su trayectoria, se puede concentrar en el siguiente tríptico:

Vida = Amor + Muerte; Muerte = Vida + Amor; Amor = Muerte + Vida

No obstante, se observa una lógica evolución a lo largo de su devenir poético, de modo que podemos establecer unas etapas en las que se aprecia claramente el predominio de cada uno de esos tres elementos del citado tríptico, sin que ello signifique la ausencia de los otros dos.

1. El apogeo de la vida y del erotismo (Vida = Vida)

En sus primeras composiciones, escritas hacia 1925, vemos a un poeta inclinado hacia la mitología y hacia el erotismo, con la sensualidad propia de un joven que empieza a descubrir y experimentar nuevas sensaciones, como, por ejemplo, las que le pueden despertar la visión de una mujer desnuda, en "Soneto lunar", o la de una hermosa ninfa, en "Lujuria".

En estos primeros poemas, además, es frecuente la presencia de un amor no correspondido, lo cual supone un reflejo de los habituales tópicos del amor que él ha podido leer en los escritores clásicos y románticos. En estas ocasiones, el poeta nos habla de la soledad y de la tristeza que siente. Así, en el poema "Soledad" cuenta cómo, en las siestas del otoño, tan sólo escucha el dulce y sonoro trinar de un pájaro que, en alguna medida nos trae a la mente el conocido romance del prisionero.

Otro aspecto relacionado con el amor es el referido al ámbito familiar. Así, podemos ver algún poema dedicado a la muerte de su hermana Josefina, acaecida cuando el niño Miguel aún no había cumplido los nueve años. A ella le dedica el poema titulado "Hermanita muerta", que figura en el apartado "Poemas sueltos II" de la antología realizada por José Luis Ferris.

Y, por supuesto, el erotismo y el deseo sexual están presentes en la mayor parte de las octavas del libro *Perito en lunas*, con la presencia de algunos símbolos que se han interpretado como alusivos a los órganos genitales. Tal es el caso de poemas como "Palmera", "Sexo en instante, 1" y "Negros ahorcados por violación".

2. El descubrimiento del amor (Vida = Amor)

Tras esa primera etapa caracterizada, fundamentalmente, por la presencia del erotismo y la sexualidad, Miguel Hernández va a descubrir la realidad del amor entre hombre y mujer, y va a experimentar, de primera mano y en cuerpo y alma, lo que eso significa.

En agosto de 1932, Miguel conoce a una joven modista que trabaja en un taller de costura de Orihuela. Por esas fechas, él trabaja en una notaría y, en su camino hacia el trabajo, se cruza habitualmente con un grupo de costureras entre las que se encuentra esa joven morena, de pelo ondulado y negro y con ojos grandes, llamada Josefina Manresa Marhuenda, natural de Quesada (Jaén) e hija de un guardia civil destinado en Orihuela. De esta joven, seis años menor que él, Miguel se quedará prendado, como bien refleja en el que parece ser el primer poema dedicado a ella: "Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo".

Tras un largo periodo de cortejo, en el que Miguel acude casi a diario al taller de costura para observar a Josefina, el 27 de septiembre de 1934 formalizan su noviazgo, y es entonces cuando, según afirma Agustín Sánchez Vidal, Miguel le entrega en una cuartilla el soneto anteriormente citado.

En la primavera de 1935, con Miguel incorporado a las Misiones Pedagógicas y cada vez más adaptado a la vida y los ambientes madrileños, la relación de la pareja comienza a enfriarse y, cuando llega el mes de julio, ya se puede hablar de ruptura. Una ruptura que duraría hasta febrero del año siguiente.

Es entonces cuando Miguel se acerca a otras mujeres, como es el caso de la pintora gallega Maruja Mallo, ocho años menor que el poeta y con la que vivió una relación breve aunque muy intensa.

Otra mujer por la que Miguel Hernández sintió especial cariño fue la unionense María Cegarra, varios años mayor que él, a la que había conocido en octubre de 1932 con ocasión de un homenaje a Gabriel Miró realizado en Orihuela, y a la que trata de acercarse en septiembre de 1935, tras comprobar que su relación con Maruja Mallo está abocada al fracaso, ya que para ella Miguel no parecía haber sido nada más que un capricho y un entretenimiento pasajeros.

El libro se abre con un poema escrito en redondillas y titulado “Un carnívoro cuchillo”, en el que el poeta expresa su convicción de que el amor es como ese cuchillo “de ala dulce y homicida” -las dos caras del amor, la amable y la trágica, y unidas de forma indisoluble- que va en busca de introducirse, a la manera de un “rayo de metal crispado”, en lo más íntimo de la vida del hombre enamorado.

Por otra parte, dicho amor aparece caracterizado por una serie de símbolos que sirven para mostrar su condición cruel y destructiva, como es el caso de las fieras, las fraguas, las espadas, las hogueras, los rayos destructores y las piedras.

Una vez que el amor ha hecho mella en el poeta, éste busca la correspondencia de la mujer amada, convencido de que sólo el amor de ésta puede salvarlo. Pero no recibe de ella lo que él desea porque, como la amada es muy casta y muy sencilla, lo más que llega a permitirle es que le robe algún beso en la mejilla.

Como le faltan los ansiados besos de la amada, el poeta confiesa a ésta la querencia que tiene por su acento y la apetencia de su necesaria e imprescindible compañía. Pero como, lamentablemente, no puede tenerla a su lado, le confiesa que de él se apoderan la tristeza, la melancolía, el tormento y la pena.

Nos hallamos, pues, ante la famosa **pena** hernandiana, que encuentra su plena definición en los sonetos de *El rayo que no cesa*. Una pena que surge por la no realización del amor, por la contención del deseo erótico, y que sólo remitirá cuando el amado pueda unirse con la amada. Un soneto muy significativo es "Tengo estos huesos hechos a las penas", que concluye con otro de los temas centrales de *El rayo que no cesa*: los presagios de **la muerte**. Y es que la pena es tan dura, tan insoportable, tan destructora, que puede llegar a acabar con la vida del doliente enamorado. Surgen, entonces, una serie de imágenes premonitorias de la muerte, algunas de las cuales están vinculadas a otro de los símbolos más característicos de Miguel Hernández, **el toro**.

Y, relacionado con el tema de la muerte, Miguel Hernández quiso incluir en el libro *El rayo que no cesa*, una bellísima muestra de ese otro tipo de amor que es **la amistad**. Nos referimos a la celeberrima "Elegía", dedicada a su amigo Ramón Sijé, "con quien tanto quería", y compuesta en tercetos encadenados.

3. El compromiso personal (Vida = Muerte)

Con la llegada de la guerra civil, Miguel Hernández abre una nueva etapa en su poesía, marcada por lo que hemos denominado el compromiso personal. Así, el día 23 de septiembre de 1936 se alista, en Madrid, en el Quinto Regimiento del ejército republicano.

Además, Miguel lleva a cabo otra muestra más de compromiso personal. El 9 de marzo de 1937, Miguel y Josefina se casan civilmente en el juzgado de Orihuela. El matrimonio verá su fruto, el 19 de diciembre de 1937, con el nacimiento de su hijo, Manuel Ramón -Manuel, por el padre de Josefina, que había sido asesinado, el 13 de agosto, por unos milicianos republicanos; Ramón, en recuerdo de su amigo Ramón Sijé-. Todo lo anteriormente comentado va a influir poderosamente en la elaboración de su libro *Viento del pueblo*, en el que podemos encontrar tres grandes líneas argumentales: la muerte, la tierra y el vientre de la esposa.

La **muerte** es la que se convierte en protagonista, por ejemplo, de la "Elegía primera", dedicada a Federico García Lorca.

Hay otro poema que resulta muy esclarecedor respecto del propósito que mueve al poeta oriolano a la hora de componer este libro. Se trata del titulado "Sentado sobre los muertos", en el que podemos ver cómo, a la vista de tantas muertes injustas y crueles, el poeta se sienta "sobre los muertos / que se han callado en dos meses" y da rienda suelta a su voz para que truene a los cuatro vientos.

El amor a la tierra está representado, en esta ocasión, por los trabajadores de los distintos pueblos de España, cada uno de los cuales le lleva al poeta un viento que lo mueve a reivindicar la situación de aquéllos. En este sentido, el poeta afirma que él no pertenece a un pueblo de bueyes, de gentes mansas, sumisas y subyugadas, sino a un pueblo fuerte, bravo, luchador y orgulloso, simbolizado por leones, águilas y toros, a los que es imposible poner yugo alguno. Así podemos verlo en su conocido y espléndido poema "Vientos del pueblo me llevan".

En otro muy bello y conocido poema, "El niño yuntero", Miguel Hernández manifiesta su firme convicción de que el poder de la revolución está en las manos de las gentes más humildes, las más oprimidas, como es el caso de ese niño que ha nacido para ser "carne de yugo", para recibir golpes y para moverse entre estiércol de vacas.

El siguiente libro, *El hombre acecha*, compuesto entre 1937 y 1938, se abre con el poema "Canción primera", que contiene una durísima afirmación: "Hoy el amor es muerte, / y el hombre acecha al hombre". Lo cual no es sino la plasmación del estado de ánimo en el que se halla sumido el poeta combatiente, hastiado de tanto odio, muerte y destrucción. Por eso afirma que sus manos son como garras dispuestas a clavarse en la carne y, por tanto, le pide a su hijo que se aparte de ellas.

Esto es así porque el poeta se ve rodeado de hambre, cárceles, heridos y muertos. Y, en su opinión, si para algo ha de servir la guerra, es para que los países solidarios se unan en **amor fraterno**, como ocurre en el poema "Rusia", en el que Miguel afirma que Rusia y España se aliarán para poner fin a la guerra, para acabar con Mussolini y Hitler, y para que sólo se pueda ver sobre la tierra tractores, manzanas, pan y juventud.

En septiembre de 1939, Miguel Hernández hizo entrega a Josefina del que habría de ser su último libro de poesía, con el título de *Cancionero y romancero de ausencias*. Un libro compuesto por poemas muy intimistas, que configuran lo que se considera una especie de diario de un alma sumida en la soledad, el dolor y el sufrimiento. De ahí que la mayor parte de sus poemas estén caracterizados por la brevedad y la desnudez formal. Sobre todo, las canciones que figuran en la primera parte del libro, mientras que, en la segunda, predominan los romances, que son más amargos aún que las canciones.

Uno de los grandes protagonistas del *Cancionero* es **el hijo**, quien le inspira algunos de los versos más sentidos y entrañables. La muerte de Manuel Ramón es la que inspira, entre otros, el poema "A mi hijo", en el que el padre establece un emotivo y estremecedor soliloquio ante el cadáver del hijo, que ha muerto con los ojos abiertos, mirando cara a cara a la muerte, como hacen los valientes.

A pesar del dolor y el desconsuelo, el poeta vuelve la vista hacia la madre arrinconada y le dice que abra los ojos, que la vida continúa, pues habrá otros hijos para cuyos ojos todavía existirá la luz de la alborada. Y, por tanto, también hay luz para los ojos de la esposa, aunque por ahora su vientre sea semejante a una estéril noche desolada.

De este modo nos encontramos ante la otra gran protagonista del *Cancionero y romancero de ausencias*, **la esposa**, representada por su vientre, el lugar en el que se origina y del que brota la vida, y por la boca, destinada a los besos del amante esposo.

El motivo del **beso** aparece en poemas como "Besarse, mujer", "Llegó tan hondo el beso", "Antes del odio" y "La boca". El poeta confiesa estar inmensamente enamorado de la esposa, aunque la distancia le impide acariciarla y satisfacer sus ardientes deseos de besarla. No obstante, a pesar de tanto odio y tanta muerte como le rodean, él se sabe y se siente libre, "sólo por amor". Y es precisamente en la boca de la amada en la que se sustancian las tres palabras claves, las famosas tres heridas:

He de volverte a besar,
he de volver, hundo, caigo,
mientras descienden los siglos
hacia los hondos barrancos
como una febril nevada
de besos y enamorados.

Boca que desenterraste
el amanecer más claro
con tu lengua. Tres palabras,
tres fuegos has heredado:
vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos sobre tus labios. (Ferris 2008: 295)

Con la llegada del nuevo hijo, Manuel Miguel, nacido el 4 de enero de 1939, llega algo de luz y de esperanza al poeta soldado que ve cómo se vienen abajo sus sueños y esperanzas y que, algunos meses después, comenzará un periplo carcelario que durará hasta el fin de sus días. Cuando la esposa le informe de que su amado hijo sólo se alimenta del pan y la cebolla que come la madre, Miguel le escribirá esas conocidas y estremecedoras "Nanas de la cebolla".

Para alguien como Miguel Hernández, que vino al mundo con tres heridas -la de la vida, la del amor y la de la muerte- y que ve cómo la vida se le escapa a chorros al tiempo que, inexorablemente, le conduce a los helados brazos de la muerte, sólo existe el consuelo del amor vivido y del amor que, como decía Quevedo, perdura más allá de la muerte. Ese amor es el último refugio, "El último rincón" que le queda al poeta para cobijarse y dormir eternamente el sueño del amor.

